



RÍO QUIETO

FEDERICO GIRÓN

 **Cienflores** Editorial

RÍO QUIETO

Federico Girón

 **Cienflore**^{Editorial}

Girón, Federico

Río quieto / Federico Girón ; ilustrado por Juan Augusto Girón. - 1a ed. - Ituzaingó : Cienflores , 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4039-43-9

1. Cuentos. 2. Narrativa Argentina. I. Girón, Juan Augusto, ilus. II. Título.

CDD A863

© Federico Girón.

© Editorial Cienflores, 2015.

Lavalle 252 (B1714FXB), Ituzaingó, Provincia de Buenos Aires.

Tel: +54-011-2063-7822 / email: editorialcienflores@gmail.com

<https://www.facebook.com/EditorialCienflores>

Editor responsable: Maximiliano Thibaut

Ilustraciones de tapa e interiores: Juan Augusto Girón

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Por decisión del autor y los editores cualquier parte de esta obra puede ser utilizada y reproducida para fines de enseñanza e investigación. Cualquier otra forma de reproducción queda sujeta a la autorización de los mismos.

Índice

[Polenta con nueces](#)

[Tres puñaladas](#)

[Las tardes con Barty](#)

[Amuleto](#)

[Iñaki volador](#)

[Mundo suspenso](#)

[Íbamos a ser felices](#)

[Bruno](#)

[Un fémur en el parque](#)

[En la espesura del lote](#)

[Río quieto](#)

A Natalia, Robertina y Lola.

A Lidia, Roy y Joti.



Polenta con nueces

Hoy al anochecer fui a cenar con el Gordo, mi amigo de toda la vida. Casi al final de la comida, luego de que habláramos con naturalidad de los temas acostumbrados, me lo dijo sin preámbulos: le habían diagnosticado un cáncer terminal. Hasta un segundo antes todo había acontecido como en otras reuniones; nada en la charla, en sus gestos, me hizo sospechar algo. Bromeó como era de esperar, acorde a su humor negro; lo hice yo también, pero solo luego de unos cuantos minutos de profundo estupor. Tres meses, cuatro, seis, quizá menos, quizá más, dijo, y me sirvió vino en la copa sin dejar de mirarme y ridiculizó mi gesto. La misma cara que debo haber puesto yo cuando el hijo de puta del médico me contó la buena nueva, agregó. ¿Sabés lo que te quiero, no?, preguntó súbitamente

mirándome a los ojos; tragué en seco y arrugué la nariz para distraer el llanto. Bebí un sorbo abundante de vino tinto.

Me confesó que no se lo había dicho a nadie, ni a su esposa ni a sus hijos. Veré con el tiempo, cuando ya no pueda ocultarlo. A la Negra le resultó raro lo de Europa cuando le propuse un viajecito de placer, pero sabés como son las minas con los viajes... se entusiasman y listo, el Gordo quiere gastar guita, que gaste, para qué preguntar.

Estuve pensando en todo lo que me gustaría hacer antes de quedar postrado y con morfina, me contó, es raro, pero no se me ocurrió nada extraordinario y me sorprendí al principio, porque claro, porqué no desear manejar una Ferrari, hacer un viaje galáctico, no sé, probar ácido o cogermé a Uma Thurman... Sonreí con desgano. Nada che, continuó, pero enseguida me tranquilicé y me dije que al menos era coherente, si no hice nada disparatado o fuera de lo común en cuarenta y cinco años, ¿por qué voy a hacerlo ahora?... ¿o no? Asentí incrédulo, allí, cuando la charla ya me resultaba absurda, aún sin saber lo que todavía me esperaba.

Yo dije una tontería como que no se rindiera o algo parecido, que seguro había chances de revertir... Interrumpiéndome dijo, yo sé que es así, no hay error, conozco mi cuerpo. No pude contradecirlo, me sentía abatido; se lo oía resuelto y su semblante casi estoico me perturbaba.

Por suerte en lo económico dejó todo en orden, agregó, nada de deudas y hasta unos buenos ahorros... con viajar unos días con mi familia y estar cerca de los amigos va a ser suficiente para irme en paz. Si pudiera, eso sí, dijo el Gordo sin siquiera hacer una pausa, me gustaría acostarme con un hombre. Es algo que me intriga, agregó. Sonreí con una mueca fallida que no fue imitada por mi amigo.

Cuando llegué a casa mi esposa bañaba a nuestra hija

menor. ¡Hola, llegaste justo!, exclamó cuando me asomé al baño y saludé. Te toca secarla, dijo sin voltearse mientras enjuagaba su cabello. Lejos de lo que había pensado en el viaje de regreso, no dudé un segundo en no contarle a mi mujer sobre la enfermedad del Gordo y menos que me había propuesto, ¿cómo decirlo?, manifestado su curiosidad, su deseo de acostarse con un tipo y más precisamente... ¿por qué no con su mejor amigo?

Te juro que no jodo, quizá esté loco, la cosa en el fondo tampoco es importante... curiosidad, fantasía, no sé, me supera, che, había dicho el Gordo al ver mi cara ya no sonriente, surcada por la incredulidad. Te digo la verdad, me animé porque en un momento pensé, contalo, no podés ser tan boludo, si total te vas a morir... Todos nos vamos a morir, comenté y me oí tan displicente que sentí miedo. Por eso, me dio la razón. Luego quedamos en silencio durante un rato y pensé en mis hijos y en mi mujer. Ahora me avergüenzo, no tendría que habértelo dicho, se lamentó. Está bien, está perfecto, Gordo, soy tu amigo y valoro que me cuentes, fue lo primero que se me ocurrió decir.

Quedé en llamarlo luego de una despedida confusa y vacilante, porque atiné a abrazarlo y él, como nunca antes había hecho, me tomó una de las manos, atesorándola entre las suyas; dos palmas tibias y húmedas que me dieron escozor. Llamame y combinamos para vernos, no seas boludo, me dijo y sin largarme la mano continuó, sos mi hermano, entendé que esto no es importante en lo más mínimo y ni por asomo quiero que empañe nuestra amistad, al menos el tiempo que nos queda como amigos, bromeó. ¡Ah!, y acordate que en diez días me voy a Europa, agregó justo antes de darnos al fin el interrumpido abrazo. Un abrazo en el que, al menos yo, sentí que nos distendíamos lentamente y que duró unos instantes más que los de otros encuentros, segundos tan importantes como imperceptibles, insignificantes, luego pensé, para el

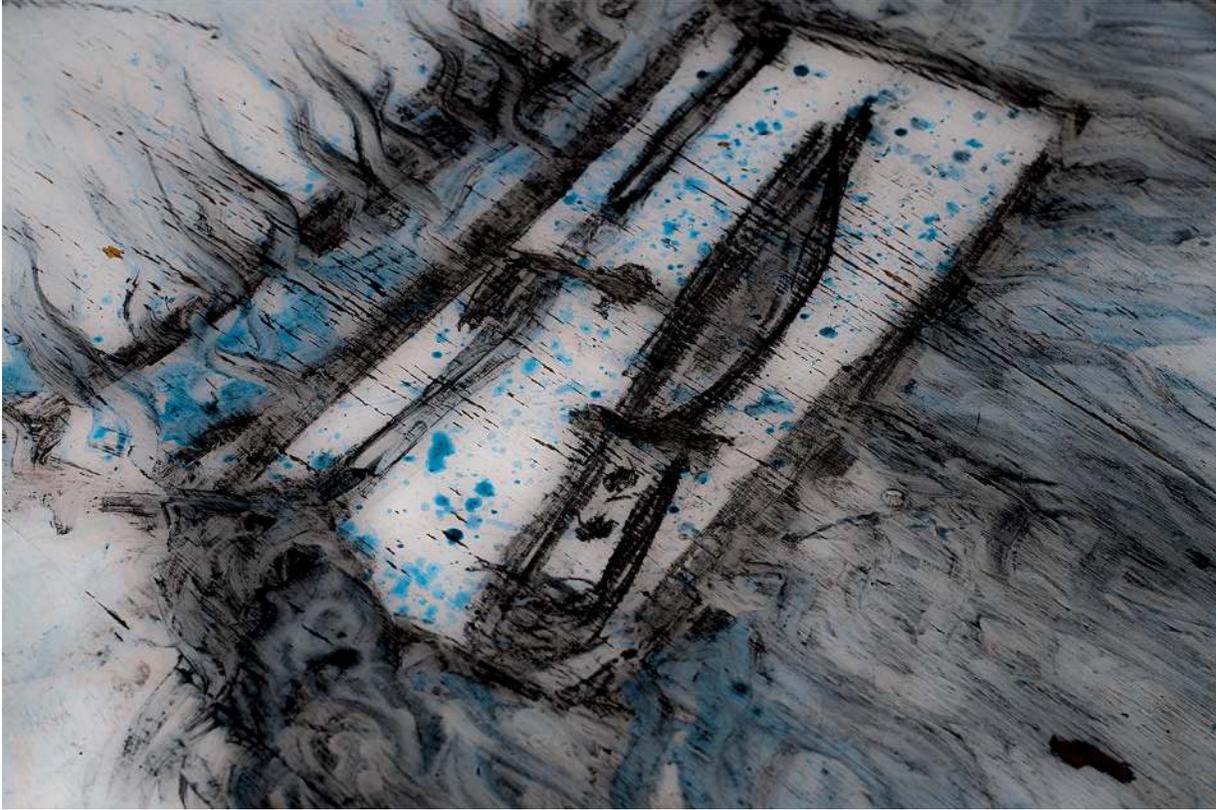
mundo, para el mozo que nos atendía siempre y que nos observaba impávido, a la espera de acomodar la mesa y tomar la propina tras nuestra partida.

Ya en pantuflas, mientras secaba como un autómatas el pelo de mi hijita frente al espejo, pensaba una y otra vez en el asunto. Me acechaba la imagen de un cuarto de hotel y la grotesca desnudez de dos hombres a punto de unirse en un abrazo. El Gordo, yo y un encuentro ¿amigable? Amoroso. Mi hija rezongó, ¡ay, quema! La besé. Ya casi está seco, y después a dormir, dije. Nos miramos fijo frente al espejo mientras yo batía su melena castaña para distribuir parejo el viento caliente del secador. De pronto, viendo la escena, recordé una propaganda de shampoo en la que aparece un estilista prestigioso, maduro y maricón, secándole el pelo a su modelo fetiche. Sonreímos los dos, por motivos distintos, cómplices de una genética emocional compartida. Un niño no prejuzga. Un niño no juzga, pensé.

Me pidió que le contara otra vez el cuento del bosque antes de dormirse. El de siempre, con muchos personajes, improvisado y sin embargo obvio, construido generalmente de vestigios de clásicos infantiles.

Me costaba concentrarme, cada tanto aletargaba el relato dispersándome con recuerdos, pensando en mi amigo, nuestras familias, hasta detenerme a veces por completo. El reclamo justo de mi hija me introducía otra vez en la historia... Eso mismo, amor, el gorrión Facundo se había golpeado en una de las alas al caer de un árbol, y claro, sí, estaba muy triste. Pobrecito. Sí, le dolía el costado... Unas vacaciones inolvidables en el norte, lágrimas etílicas una navidad, una cena con el Gordo y su mujer en un restaurant carísimo, mi esposa que se cae camino al baño, nos reímos por una hora... Sí, amor, es lo que te digo, no iba a poder volar por un tiempo y el gorrión Facundo, eh... su amiga la tortuga Wendolina, entonces, lo invitó a comer y... a cenar, eso, para levantarle el ánimo, viste... Un hotel con vista al

mar el verano pasado, un ataúd grande, sus hijos jugando con los míos en un parque o en la calesita de la plaza, un ataúd pesado... ¿Y qué le preparó, papá? Ah sí, algo rico, le preparó polenta con nueces, dije sin vacilar, con la espontaneidad del que sugiere una comida tradicional y como si un instante antes no hubiera tenido en la punta de la lengua la frase "Gordo y la reputa madre que te pario". ¿Y le gustó al gorrión Facundo la polenta con nueces? Era su comida preferida, contesté, la tortuga sabía el gusto de Facundo, por eso la preparó, era su amigo y los amigos saben todo... Hice una pausa, hubo silencio. Intuí una nueva pregunta. Mates bien amargos un domingo viendo carreras, esperando el anaranjado de las brasas para tirar la carne y las achuras, pesca en un arroyo fumando de modo compulsivo unos apestosos cigarrillos negros... ¿Y Wendolina qué comió? Lo mismo, dije resuelto. ¡Las tortugas no comen polenta con nueces!, dijo mi nena sonriendo aunque con cierta preocupación, ¡comen lechuga, papá! Bueno, pasa que... comencé una incipiente explicación, pasa que... la tortuga, eso, Wendolina era tan amiga del gorrión... viste que Facundo estaba triste por el golpe que se había dado al caer del árbol mientras volaba, entonces, aunque a la tortuga no le gustara la polenta con nueces, ella, Wendolina, lo quería tanto, tanto, pero tanto a su amigo, que lo acompañó en la cena. Ah, claro, dijo satisfecha, se la oía cansada. Con tal de verlo feliz comió con Facundo, juntos y eso los puso felices, polenta con nueces, ¿entendés?... Sentí que su abrazo perdía firmeza, la mano liviana en el pecho y su respiración tibia contra mi cuello. Ya dormía. Estuve quieto a su lado unos minutos hasta que tanteé mi teléfono móvil en el bolsillo de mi pantalón; lo extraje dubitativo. Contemplé un buen rato a mi hija dormir, la simpleza del sueño en que imaginé navegaba.



Tres puñaladas

Estoy aquí por lo de siempre, escapo, huyo del insomnio, de mis noches en blanco en que si no escribo siento culpa, y si lo hago compruebo en cada párrafo, frase o hasta palabra que mi trabajo es inmensamente mediocre. Emborracharme en un bar puede resultar un plan formidable antes que padecer sobrio la frustración y el odio.

Son más de la una de la mañana. Un tipo que no vi entrar se sienta a mi mesa sin siquiera pedir permiso. No habla. Voy por mi tercer whisky, quizá cuarto, delicioso ya para mi paladar, y no inmundito como suelen ser los primeros tragos de la bebida blanca de cuarta categoría. Apenas si me dirige una que otra mirada evasiva; trae un ramo de flores en su mano que, apoyada sobre la mesa, parece descansar